

Luis Alberto Sánchez

“TROZOS DE VIDA”

EL 22 de Julio de 1918, se levantó don Manuel González Prada un tanto melancólico. Hacía algunas semanas que le visitaban ahogos e inquietudes. Para que doña Adriana, su esposa, la Animadora de la obra escultórica y vivaz del precursor peruano, no sospechara nada, don Manuel se refugiaba en los versos. Así entretenía sus días, después de haber cumplido los setenta años... Esa mañana del 22 de Julio retocó una estrofa que terminaba:

Al *puede ser* de la tumba
Voy sin pena ni temores,
Con el asco por la vida,
Con el desprecio a los hombres.

Después se puso a jugar con *Mignon*, la gata favorita. Después, levemente fatigado, a almorzar. Después, un vahido. Después, inmovilidad absoluta. Después, la convicción de que habíase quedado el Perú sin su luminar más alto y puro. Eran las doce y tres cuartos del día.

* * *

Con el manuscrito de versos que dejó inédito don Manuel González Prada, hace quince años, su hijo

Alfredo, en tardío, pero eficaz homenaje filial, ha formado el volumen titulado «Trozos de Vida», al que, acaso, hubiera correspondido el título de «Ultima Verba», como parece fluir una de las secciones del manuscrito. Editado en París, y con una formidable cabeza dibujada por Málaga Grenet, el volumen inicia, según entiendo, la publicación de las Obras Completas de González Prada. Era tiempo ya. Y hago público el privado reproche que más de una vez le hice a Alfredo González Prada, excelente escritor también, asordado por la diplomacia, de la que salió, voluntariamente, por no soportar las majaderías de Rada y Gamio, un simio al servicio de Leguía, ni las salvajadas de los Miró Quesada, *maeses Pedros* del bienlogrado Sánchez Cerro.

Los inéditos de González Prada, o, mejor dicho, las compilaciones ordenadas y servidoras, debieron comenzar con el libro «Anarquía», que Leguía impidió se publicara en Lima, el año de 1928 ó 29. Pero, ahora cumplía editar «Bajo el aprobio», libro inédito, escrito en 1914 por don Manuel y enderezado íntegramente contra las tiranías militares. En esa época, ya vecino a los setenta, don Manuel mantenía en alto su rebeldía y enrostraba al civilismo, parapetado tras de otro militar, al que, luego, echó por la borda ignominiosamente, enrostraba al civilismo su reiterada felonía de toda la historia peruana, su voracidad y su ignorancia. Latifundistas mecidos por títulos coloniales; latifundistas amparados en el ausentismo y usufructuando las Américas desde Biarritz, París o Nápoles—siempre moneda barata, para medrar mejor—, ellos constituyen la escoria de la historia peruana y contra ellos arremetió González Prada, en cuya pureza acrisolada encallaron siempre las calumnias, arma femenina, grata al civilismo de todos los tiempos.

Mi comentario comienza con un reproche. Los inéditos de González Prada debieran iniciarse con «Bajo

el Oprobio». Sentimentalmente se excusa que comiencen con «Trozos de vida». Pero, ¿cabe debilidad sentimental al enfocar esa figura egregia y fuerte, para quien la vida fué una línea recta, por lo cual sus caídas políticas no fueron sino inadaptabilidad del apóstol que ignoró la indispensable táctica? Debieran seguir con «Grafitos», en donde recoge tantas apuntaciones hondas; con «Ortometría», en el que revela su preocupación estética, con sus artículos varios y sus versos satíricos, dispersos con seudónimos y anónimos, en los cuales hay tanta intención. Esto ya no sería lo inédito, pero, sí, lo cuasi inédito, pues pasó inadvertido porque no lo amparó el nombre prócer. Fraternalmente, espero de Alfredo González Prada una edición ordenada de todo esto, pronto, y una reedición, que ya hace falta, de «Páginas Libres», «Horas de Lucha», «Exóticas», totalmente agotadas.

* * *

«Trozos de Vida» es un libro amargo. Por eso, por que Prada no fué amargo, por eso necesita el contrapeso de una explicación acuciosa. Jorge Basadre insinúa en «Perú: Posibilidad y Problema» que González Prada encarna al «resentido» dentro de la clasificación de Nietzsche, popularizada y completada por Max Scheler. Tal vez... pero yerra Basadre, con inexplicable vehemencia, cuando trata de ubicar el pensamiento de Prada. Y sus yerros no están tanto en la misma ubicación, sino en el olvido del medio. José Carlos Mariátegui, más hondo y directo, y Víctor Raúl Haya de la Torre, con un concepto general y sincretista más certero, y Antenor Orrego, con una visión categórica, por lo estético, filian mejor el pensamiento y la posición de González Prada. Si la obra de Mariátegui es importantísima, en el ambiente de un Perú en el que el desenvolvimiento capitalista y las revelacio-

nes de la trasguerra habían desquiciado la vieja organización; en un Perú en el cual estudiantes y proletarios habían cobrado cierta conciencia clasista, merced a la previa campaña de divulgación y ascendramiento de Haya de la Torre, cuyo nombre soslayan algunos, por aquello de Pedro y el cántico del gallo; es absurdo olvidar que la obra de Prada se desarrolla en un Perú totalmente feudal, de predominio entero de una oligarquía todopoderosa; sin conciencia popular, siquiera, sin atisbos de populismo y ni sospechar de socialismo: y que, sin embargo, a través de un doloroso proceso personal, que traduce un proceso social—y lo conduce—Prada encarna, primero, al poeta que quiere libertarse del romanticismo ambiente en un medio romantizado; que se hace patriota 100 por 100 cuando el derrotismo invade a las clases dirigentes; que, en vista del fracaso de sus anhelos de renovación, no se desalienta, sino que se siente tentado por el anarquismo, para terminar contagiado de un socialismo aun utópico, que no científico, desde 1905, y con un asentido de compenetración y comprensión con los hombres—aun adolescentes—que conducirían al Perú por nuevos senderos. La sensibilidad política de Prada se revela en su constante auspicios a Mariátegui y Haya de la Torre, cuando éstos eran no quien; y su sensibilidad estética, en su descubrimiento de José María Eguren y su estímulo constante a Valdelomar, Alberto Hidalgo, César Vallejo, Percy Gibson.

La explicación en «Trozos de vida» es indispensable. Prada tomó el verso como un refugio de la tarea acezante. A menudo, cuando más dura era la lucha, escribía los versos más emocionantes y exquisitos. Podría decirse que el subconsciente está en sus versos. En tal sentido «Trozos de vida» nos revelan la amargura íntima y el materialismo sincero de un hombre en cuya vida exterior, todo fué combate sincero, generosidad directa, comprensión humana. A primera vista,

esto no resalta en «Trozos de vida». Y hay que hacerlo resaltar.

* * *

Indudablemente, la huella de Heine perduró siempre en Prada. Su resistencia al lamento, le hace aparentar mordacidad. Cada verso de don Manuel intenta birlarnos su exacta reacción emotiva. A pesar de que ahí se refugia Prada, pues ni en ese refugio Prada quiere concederle tregua a la emoción. Se tiene miedo a sí mismo, y sólo permitió que su sentimentalidad, mejor dicho, su ternura, se reflejara en sus actos para con los animales y las plantas. De la escala zoológica, sólo tuvo recato para con el hombre; de la vegetal, no dudó de ninguna. El leit motiv de la vida de Prada—si hubiera que buscarlo, siguiendo los preceptos de Maurois—está en la afición a flores y perros. No creyó como Vasconcelos, en su «Ética», que el amor al perro denigra, porque él encarna la fidelidad al amo como quiera que éste proceda. Prada comparaba la otra muestra, la de la superioridad: el perro leal, que no es lo mismo que ser fiel. La fidelidad es la forma contrahecha e inferior de la lealtad. Mas... volvamos a «Trozos de vida».

Hay una recóndita zozobra presidiendo esta colección de versos. Más que pesimismo, hay zozobra. Debiera titularse así, «Zozobra», como un libro de Ramón López Velarde. Prada muestra ahí su corazón dolorido y su infinita congoja, pero se rebela al punto para no traicionarse:

¿Quién oyó jamás un grito
doloroso de mis labios?
¿Quién vió jamás en mi rostro,
Húmeda sombra de llanto?

Sin estrechos confidentes,
Yo he sido el cofre cerrado:
Más allá de la epidermis
No he sufrido los contactos.

Este gran, no solitario, este gran aislado, tuvo siempre orgullo como escudo, ternura como clave, angustia como cifra, necesidad de afirmación como táctica. Afirmó y negó: términos concretos que se resumen en uno: afirmó. Sus dudas quedan en el verso. Sus congojas también. La prosa utilizóla, varonilmente, para la afinación, para la rotundidad, para el gozo de «hacer la guerra alegremente», como decía Sarmiento. Se adelantó a su tiempo, y ahí está su tragedia: «Vive en lucha sin descanso—, que esta raza no es mi raza, que este siglo no es mi siglo:—Yo debí nacer mañana». Y es verdad. Los que no entienden a Prada en su ubicación exacta es porque han olvidado su anacronismo avancista, su tormento de sentir en 1920 cuando el Perú se arrastraba en 1750. Mucho de esta agonía está plasmado en el invalorable, elocuente y claro testimonio de «Trozos de Vida».

Exilio. Quito, 1933.